



**ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES**  
(ISSN 1886-6530)

[www.area3.org.es](http://www.area3.org.es)

Nº 17 – Invierno 2013

**LA IDENTIDAD DEL ADOLESCENTE**  
**FUNDAMENTOS Y TIPICIDAD \***

**José Bleger**

En esta contribución se sostiene que los fundamentos de la identidad no residen en las estructuras u organizaciones psicológicas más evolucionadas y consolidadas sino en la continuidad o mantenimiento de una estructura sobre la que se asientan aquéllas y que por sus características denomino estructura sincicial. Cuando se dice que la identidad se resume en la formulación de “yo soy yo”, se debe agregar que para que “yo sea yo” el no yo debe quedar fijo. En cierta proporción la identidad reside en el no yo o lo que he llamado yo sincrético.

Esta afirmación entronca con un concepto de la personalidad que cuestiona básicamente el esquema solipsista de ésta, de su génesis y desarrollo; la concepción más corriente admite que la identidad se configura con las estructuras más evolucionadas, más consolidadas, persistentes y duraderas y que el ser humano es una entidad autónoma e independiente del medio y de otros seres humanos con los cuales va entrando en relaciones paulatina y progresivamente. De igual manera, la génesis de la personalidad es concebida como partiendo de una entidad autónoma que paulatinamente se va conectando y relacionando con otras personas y con el ambiente. La identidad es así una especie de precipitado o decantación interiorizada de las múltiples relaciones interpersonales o experiencias del sujeto. Por el contrario, aquí se postula que un estado de no discriminación, no diferenciación o fusión, caracteriza los primeros estadios del desarrollo o las

---

\* Relato oficial al Segundo Congreso Argentino de Psicopatología Infanto-Juvenil, organizado por ASAPPIA y realizado en Buenos Aires del 21 al 24 de octubre de 1971.

organizaciones más primitivas, de tal manera que el problema de la individuación, de la personificación y de la identidad no consiste en cómo “conectarse” o relacionarse con otras personas y con el medio sino en cómo “desconectarse” a partir de esa fusión primitiva y organizar otro tipo de conexión o de relación. Esa fusión o estructura sincicial, caracterizada por la no discriminación, persiste en parte durante todo el curso de la vida y de su permanencia o no variación depende la identidad, así como ciertas alteraciones de esta última derivan de cambios o alteraciones en la estructura sincicial.

Son los mecanismos esquizoides o disociativos los que a partir de la estructura sincicial permiten la discriminación y el establecimiento de las identificaciones proyectivas e introyectivas y luego, de las proyecciones-introyecciones a través de las cuales se estructura gradualmente la parte más organizada, integrada e interiorizada de la personalidad así como, al mismo tiempo, ellos son sus resultados. Aquí se sostiene que existe una etapa y posición (en el sentido kleiniano) pre-esquizoparanoide y que he denominado posición Glischrocárica, que no termina nunca de pasar en su totalidad a la discriminación de la posición esquizoparanoide y que se mantiene durante toda la vida en las condiciones de fusión o no discriminación que la caracterizan, aunque con alternativas variadas o diversas.

Sólo parte de la estructura sincicial primitiva resulta sometida al proceso de discriminación por los mecanismos esquizoides; otra buena parte de la personalidad no pasa jamás a la discriminación y se mantiene en aquellas condiciones de sincretismo o de fusión primitiva que caracteriza la personalidad más precoz; las formas que tiene o adquiere en su persistencia resultan así de una relevancia de primer orden para el problema de la identidad, porque sobre su permanencia y estabilidad se construyen los niveles más evolucionados y discriminados de la personalidad. La crisis de la adolescencia es justamente una crisis en esa estructura sincicial y por ello la crisis de la identidad en el adolescente alcanza a ser tan profunda y radical. Se podría decir que es una crisis de los basamentos sobre los que se ha estructurado y sigue estructurada toda la personalidad.

Parte de esa estructura sincicial llega, en ciertos períodos de la vida, a sufrir un encapsulamiento y aglutinación y pasa entonces a funcionar como un núcleo. La dinámica y la patología de este núcleo aglutinado frente al yo es lo que he denominado posición Glischrocárica y constituye un capítulo de la psicología y de la psicopatología que no será presentado aquí.

La identidad se halla entonces estructurada por tres niveles fundamentales que interactúan entre sí: uno es el de las estructuras más evolucionadas de la personalidad que interviene en la sociabilidad caracterizada por la relación interpersonal y basada fundamentalmente sobre los mecanismos de proyección e

introyección; otro nivel está dado por los mecanismos de identificación proyectiva-introyectiva; en tercer lugar se halla el nivel formado por la persistencia de la fusión o la estructura sincicial primitiva que caracteriza la sociabilidad sincrética.

De esta manera, la identidad no se define ni se circunscribe a los estratos o formaciones de la personalidad reconocidos tradicionalmente por la psicología como tales. Para ésta, la identidad se caracteriza en su propia definición por la cualidad de: 1) lo más evolucionado de la personalidad; 2) lo interiorizado, y 3) lo más individuado que, a su vez, incluye: lo propio, delimitado, único, distintivo, independiente y autónomo.

En este aporte se incluye el conocimiento de que esto es sólo parte de la identidad y que asienta sobre una organización de la identidad que tiene otras cualidades, a saber: 1) que es poco evolucionada y mantiene una estructura primitiva; 2) que no es ni interiorizada ni exteriorizada: lo interno no ha sido discriminado de lo externo, y 3) no se halla individualizada, en el sentido que antes hemos adjudicado a este término. Y este planteo resulta también radical en la consideración de la identidad del adolescente, porque la crisis de identidad del adolescente es básicamente una ruptura o desorganización de la estructura sincicial, lo cual ocurre siempre que una crisis vital resulta profunda y total.

El período de latencia se caracteriza fundamentalmente por un desarrollo de los niveles de la sociabilidad interpersonal con el consiguiente enriquecimiento del yo; pero esto es posible gracias a una severa y fuerte rigidificación e inmovilización de los niveles de la sociabilidad sincrética con el establecimiento paralelo y concomitante de un fuerte y rígido clivaje (o separación) entre ambos niveles de la personalidad y por consiguiente de la identidad.

La crisis puberal reside básicamente en una ruptura o pérdida de ese clivaje, producida por una movilización de la estructura sincrética con la consiguiente desorganización de los niveles más integrados. Pero esta desorganización no es, por sí sola, lo más importante o básico en el adolescente ya que en ésta –como en toda crisis profunda o radical- lo que se desorganiza o moviliza es básicamente la estructura sincicial. En otros términos, durante la crisis puberal se “rompe” la simbiosis que se mantuvo inmovilizada durante el período de latencia. Lo que caracteriza la identidad del adolescente es entonces justamente una coexistencia y superposición de distintos niveles de la identidad, juntamente con la crisis, movilización, desorganización y superposición de todos ellos al mismo tiempo. Esto configura, como totalidad, una identidad muy específica que se caracteriza normalmente por la ambigüedad. A veces esta última se mantiene como tal y otras veces sobrevienen –en mayor o menor proporción- contradicciones angustiantes

(conflictos), que coexisten con la ambigüedad o se superponen a ella. De esta manera, la identidad del adolescente se caracteriza paradójicamente por lo que podría designarse como una poli-identidad o una identidad múltiple.

En esta situación que llega a ser fácilmente caótica, la identidad sexual – como parte de la problemática- puede surgir como la figura de una Gestalt y constituir el centro manifiesto y más o menos explícito de la problemática de la identidad. En este sentido, la sexualidad actúa como un “organizador” del complejo panorama de la identidad del adolescente y por ese rol “organizador” o de figura de la sexualidad, el problema global de la identidad queda reducido a un fondo de la Gestalt. Ya conocemos cómo, con frecuencia, se subvierten –a mi entender- las relaciones entre fondo y figura, convirtiéndolas en una relación causal en la que la sexualidad se constituye en centro generador de toda la problemática del adolescente.

La sociabilidad sincrética o estructura sincicial configura distintos tipos de identidad que nos interesa presentar en este momento, aunque sea brevemente, porque resultan importantes en la identidad del adolescente. Recordemos, al respecto, que el sincretismo significa fusión o no discriminación entre el yo y los objetos, pero que ello no es justamente, ausencia de identidad, sino todo lo contrario: un tipo de identidad que no ha sido reconocido porque – fundamentalmente- no puede ser recogido o percibido por el esquema solipsista que mencioné al comienzo.

El prototipo de las relaciones o la protorrelación madre-niño no es en principio una relación entre dos seres originariamente autónomos; la simbiosis madre-niño no es una interacción entre dos seres sino una organización indivisa o no discriminada en la cual no existen dos seres distintos; en el mejor de los casos emergerán dos seres distintos y diferentes. Esto resulta muy importante para entender la simbiosis y la identidad. Aquí hay que recordar, aunque sea brevemente, que sólo desde una descripción naturalista se puede describir al niño y su madre como dos seres diferentes en relación porque desde el punto de vista fenomenológico ello no es así. La relación interpersonal entre ambos no es un punto de partida sino un punto de llegada y mucho antes de que se logren esta relación y esta identidad, existe entre ambos una sociabilidad sincrética que constituye una relación de tipo particular caracterizada por la fusión e indiscriminación y que –como lo he dicho- subsiste durante toda la vida. Esta estructura o sociabilidad sincrética puede, a su vez, configurar otros tipos de identidad: una *identidad de dependencia*, otra de *pertenencia*, de *propiedad*, de *oposición*, etc. Que interesa considerar sumariamente aquí. La identidad grupal incluye un monto predominante de la

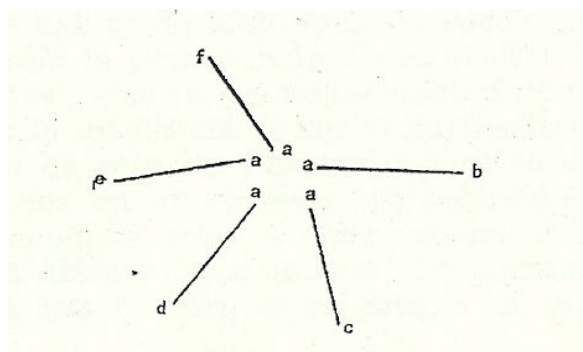
identidad del adolescente y es en mucha menor proporción una identidad individualizada e interiorizada.

En el nivel de la sociabilidad sincrética el adolescente es su madre o su familia. Y quiero subrayar que lo es por una estructura dada y no como resultado de proyecciones. Esta pertenencia sólo es pertenencia en el mismo sentido en que yo soy mi cuerpo y sin embargo digo que mi cuerpo me pertenece. La simbiosis y la lucha del adolescente con su familia es tan intrapsíquica como externa o, mejor dicho, es psicológica, sin ser todavía ni intra ni extrapsíquica. En este sentido, su yo no está aún ni dentro ni fuera, ya que estas últimas categorías no se han formado todavía para él.

Esta identidad de pertenencia es la prolongación (ahora conflictuada) de la simbiosis endogrupal del latente, pero puede ocurrir que esta simbiosis no se haya configurado o establecido nunca, en cuyo caso la situación es aún más grave porque las adquisiciones propias o más típicas del período de latencia no se han logrado. Esto último puede fácilmente ocurrir –por ejemplo- en casos con frecuentes migraciones durante la niñez y en los casos de abandono y/o de privación sobre lo cual existe ya abundante bibliografía, situaciones que no permiten la depositación e inmovilización adecuada de la estructura sincrética y por lo tanto no se forman las necesarias relaciones simbióticas diversificadas. Estas situaciones prolongan en la adolescencia las condiciones de una latencia atípica por falta de depositarios y estructuran los comportamientos psicopáticos, perversos, maníacos, etc. (normales en el curso del desarrollo).

Otro fenómeno u otra dirección es aquella en que la latencia se continúa y no hay crisis de la adolescencia, en cuyo caso la identidad del latente se prolonga con su clivaje típico entre dos niveles muy diferenciados y diferentes entre sí, con las fuertes limitaciones del yo, típicos de la latencia.

Lo típico de la identidad del adolescente es entonces la coexistencia y pasaje de la estructura sincrética a través de la identidad funcional a una identidad interiorizada; esto último significa que la identidad no está dada por un ente sino por las funciones que se cumplen, tal como lo ha señalado Leenhardt en sus estudios antropológicos con el siguiente esquema:



Como se ve, no hay un círculo cerrado en el medio sino relaciones o funciones que se cumplen con b, con c, con d, etc. Aunque cada función o relación se halla “recortada” su estructura interna sigue siendo sincrética. Toda nuestra cultura es “cosista”, alienada. Esta identidad funcional se distribuye en ejes de pertenencia, dependencia, propiedad e identidad de oposición que en el adolescente no resultan totalmente delimitados entre sí.

La identidad de oposición es muy típica del adolescente y está formada por una polarización extrema en la estructura sincrética; se caracteriza por el hecho de que el sujeto tiende a diferenciarse y adquirir una identidad de otro nivel en la medida en que niega la identidad sincrética, negando y oponiéndose a los demás. La polarización extrema es el fermento que paulatinamente logra o permite el pasaje desde la identidad sincrética a la identidad interiorizada, o sea, el pasaje desde la posición Glischro-cárica a la posición esquizoparanoide, en la proporción o monto en que ello ocurre en cada sujeto. El mecanismo que opera en este pasaje es el de la discriminación. El conflicto edípico cumple, a mi entender, una función básicamente discriminadora y por ello lo cito aquí.

En nuestra cultura, la crisis de la adolescencia tiende al establecimiento de una identidad interiorizada mediante la discriminación entre sujeto y objeto, entre lo interno y lo externo, a partir de una estructura de no diferenciación o no discriminación. En este curso de su identidad el adolescente recupera o estructura en forma de propio e interiorizado, parte de lo no discriminado de los otros, pero otra parte perdura como tal durante toda la vida.

Aquí se ha tratado la identidad con un sentido didáctico de la exposición, como aislada e independiente, pero debemos tener en cuenta que forma parte de una sola totalidad de la cual ella es un capítulo, a la par de otros como los de esquema corporal, orientación espacio-temporal, personalidad, relación de objeto, yo, etcétera.

Queda pendiente el replanteo de la relación sujeto-sociedad-cultura puesto que ya no cabe hablar de una relación yo-cultura como dos entidades autónomas e independientes que van interactuando sino que, desde el punto de vista psicológico, lo que no está incluido en el yo es el no yo o yo sincrético y que es tan psicológico como aquello que designamos como yo. En este orden de cosas creo muy necesario revisar el problema en función del concepto de “sociabilidad incontinente” de Wallon.